

Notas sobre la abuelita suficientemente buena o ¿“Por qué no me volví totalmente psicótico”¹

Uriel García Varela²

1. El sueño del pequeño David

Haciendo uso de mis funciones secundarias tanto como sea posible, intentaré dar forma narrativa a las siguientes imágenes oníricas, soñadas por otro que sueña y luego vive dentro del sueño...y luego nos invita a soñar también:

“Fábricas, chimeneas y sonidos de máquinas. Una especie de ciudad industrial subterránea. Arriba, en la superficie, emergen entre la montaña de hojas secas dos seres expulsados por los cilindros industriales; el padre y la madre. El lazo es inmediato (quizá débil, quizá forzado). El abrazo los une y de éste surge el niño, expulsado también a través de las hojas. El padre se separa de la madre para atacar al niño sin miramientos. La madre no lo impide. Habitan una casa oscura y los tres tienen la piel mórbidamente pálida. El padre y la madre están sumergidos en una especie de anhedonia cataléptica. El niño orina en la cama, una orina color naranja brillante. Al notar en las sábanas el charco anaranjado, el padre sale de su ensimismamiento y grita palabras incomprensibles: “¡Magh! ¡Magh!”. Arrastra al niño violentamente y restriega su rostro sobre la mancha mientras lo azota. El niño va a la madre. Ella busca de salir de su retraimiento e intenta reconfortarlo con besos violentos que el niño evita a toda costa. Lo sacude iracunda y se toca frenéticamente el rostro, especialmente la nariz, como si fuera alérgica a él.

El niño, abatido, vaga por la casa. De pronto, escucha una melodía, un silbido como de un ave. Viene de arriba, de un cuarto secreto

1 Leído en la XXX reunión científica “Sigmund Freud”, celebrada el 19 de mayo del 2018 en la Asociación Psicoanalítica Mexicana A.C., Ciudad de México.

2 Psicoanalista adherente, Asociación Psicoanalítica Mexicana; Doctorante en Psicoterapia, Centro de Estudios de Postgrado, APM.

que jamás había notado. Sube las escaleras para entrar y encuentra que solamente hay una cama y al lado un costal con la inscripción “semillas”. Toma las semillas y una por una las agita junto a su oído para escuchar su sonido. Descarta unas cuantas hasta que encuentra una con un sonido particular. Sonríe emocionado. Coloca la semilla sobre la almohada y va por una cubeta retacada de tierra. La descarga en su totalidad sobre la cama creando una montañita. Lo repite hasta crear una montaña más grande a la que le hace un hueco para colocar la semilla. La riega cuidadosamente y limpia la tierra que queda en sus manos. Algo surge de la montaña, el niño está fascinado; es una especie de planta y también comienza a regarla. El proceso sigue, la planta crece rápidamente. Cuando la riega, por momentos el niño se detiene a admirarla con ternura y con la misma ternura le sonríe. La planta llega a ser más grande que él, abarca toda la cama y alcanza el techo de la habitación. De ella han emergido muchas ramas. El niño la sigue cuidándola...

Paralelamente, la situación de la orina anaranjada continúa, así como los azotes del padre. El niño se dirige a la habitación y, desde el pasillo, escucha un sonido que le genera una sonrisa enorme. Algo le ocurre a la planta; un agujero se abre por debajo y expulsa un líquido espeso junto con algo que parece un ser humano. El niño ayuda a salir a ese *ser*, como si asistiera un parto. Emerge por fin y permanece recostado, inmóvil, pero vivo. El niño, emocionado, va corriendo por unas flores y se peina, como sabiendo que va a encontrarse con alguien muy importante y especial. El *ser* se levanta, necesitaba reposo después de ese alumbramiento tan peculiar. ¿Qué es? Es una mujer; una mujer mayor con vestido negro y zapatos de tacón bajo. Rolliza y de ojos dulces. El niño sube y el encuentro se da por fin. Le da la flor. Al principio se desconocen y las miradas son inciertas, pero después de un momento de asimilación, ambos se miran y se sonríen con ternura inédita, con amor incondicional. Se sientan juntos y él la abraza como si hubiera estado esperándola toda la vida...

Este sueño es un cortometraje de David Lynch llamado “*The Grandmother*” de 1970, período de su transición entre la pintura y el cine³. Cabe decir

3 Lynch constantemente compara la actividad creativa con la actividad onírica. Incluso, ha incluido la noción dentro de sus mismas obras. En la tercera temporada de *Twin Peaks*, por ejemplo, el agente Gordon Cole tiene un sueño en el que Monica Belucci le dice “*We are like the dreamer who dreams, and then lives inside the dream. But who’s the dreamer?*”

que Lynch se niega abiertamente a explicar sus propias obras y valida todas las interpretaciones que le ofrecen por más antagónicas que sean. Opté por comenzar este escrito usando la obra de Lynch porque pienso que representa de forma alegórica lo que pretendo elucidar con respecto al tema de la *abuelita* como objeto y como función. “*The Grandmother*” podría leerse como la historia de un individuo que, para poder sobrellevar las agresiones del ambiente, recurre inconscientemente a un objeto interno amoroso que lo sostiene de una manera particular. Mencionando otros momentos importantes de la obra, he de relatar que a partir del “nacimiento” de la abuela, el niño pálido (casi gris) comienza gradualmente a tener color. Poco después la abuela desaparece, pero, en la última escena, el niño está acostado en su cama y la planta -con todo y ramas- comienza a abarrotar su habitación. Como indicando que la abuela está ahora dentro de él. Ha sido introyectada.

2. *La palabra abuelita*

Yo no usaré el vocablo “abuela”, *grandmother* como Lynch. Siguiendo mis tradiciones culturales he optado por usar el mexicanismo “*abuelita*” por la connotación que busco dar a la función de este peculiar objeto. Desde luego que “*abuelita*” no es exclusivo de México, pero sí característico, y define una experiencia significativamente distinta a cuando decimos “abuela”. Hablar de la “abuela” es hablar de la madre de la madre o la madre del padre. Se trata de un vínculo triangulado por uno de los progenitores y designa simplemente la naturaleza de la jerarquía generacional. Por otro lado, hablar de “*abuelita*” es hacer referencia a una ligadura emocional directa entre el objeto y el yo. El diminutivo “*abuelita*” carga afectivamente la palabra para denotar la naturaleza de la jerarquía afectiva en el mundo interno del sujeto. En otros idiomas podríamos pensar en términos de *oma* (alemán), *nonna* (italiano), *granny* o *nana* (inglés). Pienso que Lynch tenía en mente esta misma relación de objeto, pero optó por la elegancia de la palabra formal para dar título a su obra.

3. *Madre y abuelita son funciones*

No puedo adentrarme al tema de la abuelita sin hacer primero algunas puntualizaciones con respecto al tema de la madre, y es que sólo se puede entender uno en comparación con el otro. Para ello me apoyaré en uno de los autores que ha tenido mayor impacto en mi manera personal de pensar el psicoanálisis; el más británico del grupo británico.

Congruente con su incomparable espíritu, Winnicott no fue un autor que definiera un concepto para cerrarlo y “operacionalizarlo” y, por lo general, no era consistente en el fraseo de sus conceptualizaciones. Así, frecuentemente, cuando escribe “la madre” parece que hablara de la “madre biológica propiamente dicha”, sobre todo cuando se refiere al desarrollo de la preocupación materna primaria y a los cuidados provistos en el proceso del embarazo. Parece ser que es esa madre a la que alude en sus famosas conferencias de la BBC (1943-1962). Pero en otros textos no dice “la madre” sino que usa expresiones como “quien sea la madre” o sustituye la palabra “madre” por “cuidados maternos”. Estos fraseos apuntan hacia la idea de que “madre” no es una posición con respecto a una genealogía familiar material, sino un objeto con funciones específicas dentro de la estructuración psíquica del individuo. Desde sus inicios, el psicoanálisis ha tenido un acuerdo con respecto a esta idea, comenzando con Freud y su concepto de “sujeto experimentado” (1895). Quiero dejar claro este punto, pues cuando utilizo la palabra “*abuelita*” no me refiero concretamente a la madre de la madre, o a la madre del padre sino a un objeto que lleva a cabo una serie de funciones que apuntan directamente a la dimensión narcisista del sujeto. Claro está que, en muchos casos, el objeto *abuelita* es precisamente la abuela de la realidad material. Aclararé puntualmente este problema más adelante.

4. *Winnicott y la “madre suficientemente buena”*

De las múltiples definiciones de “madre suficientemente buena” es la que Winnicott brinda en “*Las psicosis y el cuidado de los niños*” (1952) la que a mi parecer tiene mayor claridad y uso para la comprensión del individuo con este objeto: Es aquella que se adapta de manera sensible y activa a las necesidades del bebé cuando estas son absolutas⁴. Se trata de un fenómeno

4 Textualmente el texto dice lo siguiente: “Podemos despojar la palabra “devoción” de

específico; su sensibilidad (que incluye su receptividad) la lleva a realizar acciones que reducen la tensión pulsional del bebé cuando este no tiene forma de realizar ningún tipo de acción que salga del terreno de la comunicación y las descargas parciales. ¿Es la relación con el sujeto experimentado y la acción específica de la que hablaba Freud en el *Proyecto* (1895)? Claro que sí. Pero Winnicott va un paso más allá, al atribuirle al objeto madre su condición humana, reconociendo su sensibilidad, su irritabilidad y su odio (1947).

Durante algún tiempo tendí a frasear la idea de “madre suficientemente buena” en mis propios términos y solía decir que “es aquella que hizo lo mínimo para que el bebé no muriera y no se volviera loco”. De hecho, muchas veces intercambié la palabra “suficientemente” por “mínimamente”. Pero el *good-enough* winnicottiano es perfecto; es un fraseo de precisión inglesa. Lo que yo hacía en realidad no era –como pensaba– un parafraseo, pues, reconsiderándolo con mayor detenimiento, parece ser que los conceptos no son intercambiables, porque lo mínimo no es lo suficiente.

5. *El vínculo de dependencia*

Siguiendo el espíritu de Winnicott, he de aclarar a qué me refiero con “abuelita suficientemente buena” una vez que ya he establecido lo que no es. La *abuelita suficientemente buena* es aquella que admira al bebé de forma total sin exigirle algo más que “simplemente ser”. Esto implica un tipo de relación especial entre el infante y *quien sea la abuelita*, una relación donde dicho objeto no tiene la responsabilidad de la supervivencia del sujeto y por tanto la “dependencia absoluta” queda fuera de la ecuación. La madre es quien se hace cargo, la madre es la responsable, es quien desarrolla la *preoccupation* (el *concern* excesivo o extremo según el diccionario de Webster) y quien odia, debido a la naturaleza de sus funciones que exigen un altísimo grado de demanda.

La posición de la abuelita en la vida del infante implica una demanda significativamente inferior en sus funciones. Si quisiera tomar unas vacaciones –por ejemplo– y salir momentáneamente de escena, podría hacerlo con plena libertad. La madre no puede hacer eso, ella no puede

su contenido sentimental para aplicarla a la descripción del rasgo esencial sin el cual la madre no puede hacer su aportación: una adaptación sensible y activa a las necesidades del pequeño; necesidades que al principio son absolutas” (1952, p. 302)

poner pausa a sus funciones. De hacerlo, tendría que relegarlas a otro que ahora sería la madre o dejar al bebé en el desamparo y la experimentación de las agonías primitivas. En el último caso perdería su condición de “suficientemente buena” pues la madre que lo es, procura la experiencia del *going on being* independientemente de su presencia o ausencia. Entonces pensamos en las dos experiencias que se superponen; la del bebé y la de la madre (y en la tercera experiencia que resulta). Cuando la madre “descansa” relegando sus funciones, desde el punto de vista del bebé, los cuidados y la experiencia de omnipotencia secundaria al respeto de la ilusión siguen allí, *ergo*, la madre sigue allí. Desde el punto de vista de la madre, el alejamiento físico no garantiza ningún descanso pues no sólo hizo de su vientre, sus brazos y la cunita el hogar del bebé sino también su propio aparato psíquico. El bebé habita en la mente de la madre y la continuidad existe en ambos.

Ahora bien, otro consenso teórico general es que la identificación proyectiva es una forma primitiva de comunicación entre la madre y el bebé y que ésta es usada por la madre para poder llevar a cabo sus funciones debido a su estado de *reverie* (Klein, 1946; Bion, 1967; Ogden, 1993). Tomando esto en cuenta, pensamos que, gracias a la identificación proyectiva, la madre intuye las necesidades del bebé y actúa acorde a ellas de la forma en que ya expliqué citando el texto de Winnicott. La madre se identifica con lo proyectado y lo transforma de tal manera en que el material crudo se pueda convertir en una experiencia (como lo explicó magistralmente Bion en 1967 con la idea de “función alfa”). Así, las experiencias de hambre o de frío no existen hasta que las sensaciones básicas atraviesan a la madre, quien las dota de sentido. Pero no debemos olvidar que el vínculo es bidireccional y que las experiencias se superponen; de la misma forma en que bebé proyecta en mamá y mamá se identifica, mamá también proyecta en bebé y bebé se identifica. El problema es que, en el primer caso, la madre tiene un aparato psíquico lo suficientemente sofisticado para transformar la experiencia, pero en el segundo, el bebé está potencialmente indefenso ante los ataques proyectivos de la madre.

6. La “madre aparentemente buena”

A partir de aquí, podemos articular lo propuesto por los relacionistas objetales con las sugerencias de Laplanche (1987). La madre implanta toda clase de significantes enigmáticos en el psiquismo precoz del bebé creando marcas estructurantes pero inefables e inaccesibles. Ya hemos acordado

que la propuesta winnicottiana de “*madre suficientemente buena*” incluye el odio que ésta experimenta debido a la intensa demanda que implican sus funciones (y al estado regresivo en que se encuentra). Sin embargo, Winnicott fue muy claro al decir que la madre que es suficientemente buena logra amortiguar sus propios impulsos destructivos, protegiendo al bebé de las hostilidades del ambiente, pero también de sus propios ataques proyectivos. Entonces el bebé no está realmente indefenso, pues la madre lo defiende de sí misma. Sin embargo, quisiera considerar un tipo de madre que “no es suficientemente buena”, pero que tampoco alcanza a ser particularmente cruel, sádica o psicótica.

La madre a la que me refiero es aquella que, en lo superficial, en lo aparente y conductual –o bien podríamos decir, *para los otros*- cumple las características de la madre suficientemente buena, pero no así para la experiencia del bebé. A este tipo de madre podemos denominarla “*madre aparentemente buena*”. Ésta, protege de las hostilidades del ambiente, pero no de las hostilidades de su propio inconsciente. Esto se debe a que cumple sus funciones con una conexión parcial; lo hace más por obligación y menos por devoción. Como dice Green (1980) “(...) se siente impotente para amarlo, aunque lo sigue amando y se sigue ocupando de él. Pero, como se suele decir, no lo hace de corazón” (p. 259). A diferencia de la madre muerta greeniana, la madre “*aparentemente buena*” de la que hablo no inviste y desinvierte abruptamente; se trata, más bien, de una situación crónica donde la investidura es etérea desde el principio. En gran medida, la madre “*aparentemente buena*” lleva a cabo el maternaje necesario por cumplir con exigencias del ideal del yo que se reflejan en la forma en que busca ser vista por los otros. Para ella, es más importante la mirada de los otros, que la del bebé. Desde luego que aquí se juega la idea de falso *self* de la función materna.

Considerando este tipo de vinculación, pensemos -por ejemplo- que el desinterés materno se manifiesta en la forma de la fantasía persistente (consciente o inconsciente) de abandonar al hijo en diversos escenarios. Si seguimos la teoría de la identificación proyectiva, esta fantasía es comunicada inconscientemente al bebé, quien quizás solamente –y con mucha suerte- podrá reconocerla y elaborarla como algo tenuemente esbozado en un profundísimo análisis muchos años después. Y no como algo que se descubre sino como una sensación que se intuye y sobre la cual se construye. El analizando se pregunta “¿Por qué me siento tan abandonado si mis padres siempre estuvieron allí?” En pocas palabras, porque la madre

proyectó e implantó su deseo de abandono en su psiquismo inmaduro de bebé (lo peor que podría sucederle a este sujeto sería emprender proceso con un analista que esté presente materialmente, pero psíquicamente ausente y lejano. Es decir, un analista que repita el traumatismo del falso *self* materno). En el movimiento de identificación proyectiva, el bebé no puede transformar lo proyectado así que lo introyecta, lo hace propio, vive con eso que es misterioso y se vuelve material para la creación de su yo, es decir, entra al terreno del narcisismo. Ferenczi (quien introdujo el concepto de introyección al psicoanálisis) abordó este problema en su escrito de 1929 “El niño mal recibido y su pulsión de muerte”. Ahí, expone el caso en que los padres desean la inexistencia del hijo. Éste a su vez introyecta dicho deseo y lo expresa en forma de enfermedad psicósomática, actuaciones suicidas y todo tipo de tendencias autodestructivas.

Y así como la madre proyecta e implanta fantasías de abandono -en el mejor de los casos- lo hace también con otra infinidad de deseos relativos a su vínculo con el bebé, deseos de lo que quiere y de lo que no quiere. Nos gustaría no pensar en las fantasías homicidas, incestuosas, de tortura o de maltrato que experimenta la madre en relación con el bebé, pero no podemos negar la naturaleza de lo inconsciente. Podríamos incluso pensar que los elementos más sádicos implantados en el psiquismo del bebé son la fuente de las pesadillas más aterradoras y de los miedos infantiles más (aparentemente) irracionales. Y entonces las propuestas kleinianas acerca del bebé sádico que se defiende de un objeto monstruoso adquieren una nueva dimensión si son releídas bajo la lupa de las identificaciones proyectivas recíprocas. Si por definición, la identificación proyectiva implica que lo proyectado ejerce presión sobre el receptor (Ogden, 1983), podemos pensar que las proyecciones e implantaciones de la madre generan en el bebé una tensión constante asociada a una exigencia (exigencia de ser, no ser o dejar de ser. Volveré más adelante a este punto apoyándome en Lacan). Esta experiencia de maternaje genera en el niño un efecto de confusión asociado a lo que Freud (1919) llamó la sensación de lo siniestro, pues él ve en lo concreto, que su madre es y fue efectivamente buena, pero su experiencia interna le dice lo contrario. Existe una marcada escisión entre lo que la madre hace materialmente y lo que evoca en el pequeño; entre la conducta manifiesta y la experiencia afectiva.

7. La abuelita como objeto reparador del narcisismo

¿Y cómo entra la *abuelita* en todo este movimiento? Como dije, la función del objeto *abuelita* sólo puede ser entendida en comparación con el objeto madre. La madre “*aparentemente buena*” deja una marca temprana, profunda y estructurante de insuficiencia; la representación de un *self* intensamente devaluado sobre la que se construye la totalidad de la experiencia psíquica y las relaciones de objeto. Porque, siguiendo a Klein (1946), si en los primeros momentos de la vida, lo que le ocurre al objeto le ocurre al yo, entonces la sensación de insuficiencia prevalece en ambos a partir de un juego de identificaciones proyectivas recíprocas que no tienen inicio ni final; la madre —debido a las exigencias inalcanzables del ideal del yo— se ve a ella misma y al bebé como insuficientes y éste se identifica con eso, y a su vez, él proyecta la sensación de insuficiencia y la madre se identifica con eso. Pero no todo es perdición y claustrofobia; en esa dinámica de insatisfacción narcisista perpetua entra al rescate la *abuelita*. ¿Al rescate de qué? De ese *self* profunda y crónicamente desvalorizado que opera como núcleo de la personalidad del sujeto.

La *abuelita suficientemente buena* es la que amortigua el impacto de las proyecciones de la madre; es la cohesionadora de la dimensión narcisista del sujeto y la rescatadora del narcisismo en los casos en que las heridas fueron infringidas de manera prematura y masiva. Lo que intento describir es lo que ocurre en la estructuración del sujeto cuando existe este tipo de relación de objeto, que puede ser entendida en términos de tensión desde los puntos de vista económico y dinámico del aparato psíquico. El objeto *abuelita* repara el narcisismo porque el baño libidinal que suministra al bebé es total. ¿Y el de la madre por qué no lo es? Porque la libidinización que otorga está fuertemente atravesada por su propio narcisismo.

Si bien la madre “*aparentemente buena*” espeja el gesto espontáneo del bebé para mostrarle lo que él es (aunque en menor medida que la *good-enough mother*), también es cierto que esta mirada está cargada de deseos y exigencias inconscientes depositadas en el pequeño de las cuales él, sin saberlo ha de hacerse responsable. La primera identificación del bebé es con la madre y su deseo y eso lo pone en una posición de responsabilidad perpetua. Aquí estoy siguiendo de cerca a Lacan (1957-1958) cuando se pregunta “¿Cómo concebir que el niño que desea ser el objeto del deseo de su madre consiga satisfacerse? Evidentemente, no tiene otra forma de hacerlo más que ocupar el lugar del objeto de su deseo” (p. 206). Esta cuestión se articula con la idea de las identificaciones proyectivas recíprocas. El ideal

del yo está instaurado incluso antes de la entrada del padre simbólico como tercero. El ideal del yo es el deseo de la madre. El bebé dice “yo he de ser eso que ella quiere, que quién sabe qué es, pero que la completará por siempre”. Y ante la imposibilidad del cumplimiento de esta exigencia que ambos desconocen se crea una herida permanente en el narcisismo; “porque no puedo ser eso que te falta...”. La ya mencionada sensación siniestra de insuficiencia.

8. *La lealtad al objeto malo*

El trabajo clínico nos ha enseñado que el pensamiento -instaurado culturalmente- que asegura que “el amor de una madre hacia su hijo es incondicional”, es solamente parcial y relativo. En el caso de la madre “*aparentemente buena*”, por ejemplo, el amor está profundamente condicionado. Su deseo por el hijo está cargado por su deseo de ese “quién sabe que es, pero que me ha de completar” y el pequeño se ve envuelto en un dilema del que únicamente con mucho trabajo podrá escapar. No sólo el amor de su madre está condicionado sino su existencia en general. Y no estoy hablando de una madre hiper-engolfante o particularmente cruel, exigente o psicótica. Estoy hablando de la madre “*aparentemente buena*”, que es incapaz de controlar y amortiguar su deseo de abandono inconsciente y no puede proteger a su bebé de la responsabilidad que le ha cargado desde el momento en que fantaseó por primera vez con tener un hijo. En realidad, la ecuación es inversa; el amor que es absoluta y totalmente incondicional es el del niño por su madre; la busca, la necesita, la defiende y la prefiere a cualquier otra. Le tiene una *lealtad primaria*, como la ha denominado Kolteniuk (2017)⁵, independientemente de que sea “*suficientemente buena*”, “*aparentemente buena*” o un objeto descaradamente cruel. En general, el niño prefiere a su *madre-descaradamente-cruel* porque es suya, que a una madre buena que sea de otro. Todos hemos visto en el trabajo clínico esa lealtad primaria generadora de sentimientos de culpa abrumadores cuando se tambalea la dirección del deseo en los intentos por salir de las exigencias insaciables de los objetos primitivos. En este punto es importantísimo volver a Fairbairn y su descripción de la relación con el objeto malo: el yo no puede aceptar la maldad del objeto y se defiende volviéndose malo a sí mismo porque “...es mejor ser un pecador en un mundo regido por Dios, a

5 Comunicación personal.

vivir en un mundo regido por el Diablo” (pp. 66-67)⁶.

9. La disminución de tensión y el “*simplemente ser*”

La libidinización que provee la *abuelita* es total porque en la relación con el narcisismo del bebé su propio narcisismo no está atravesado de la misma forma ni en la misma intensidad que el de la madre. Sería ingenuo pensar que la *abuelita* no deposita deseos y fantasías inconscientes en el bebé. Por supuesto que lo hace porque es humana. La *abuelita* también entra al juego de identificaciones proyectivas recíprocas. Pero el monto y la calidad de la exigencia y de la proyección es significativamente menor que el de la madre. Haré una abstracción algebraica para ilustrar mi punto:

Si la exigencia de satisfacción del propio narcisismo de la madre a través del hijo es X , la exigencia de la abuelita suficientemente buena es de (cuanto menos) $X-1$. Esto ya reduce la tensión en la abrumadora vida interna del pequeño y genera un monto especial de placer en la interacción con la abuelita, que exige y proyecta menos que la madre. Dependiendo de su propia configuración narcisista y de la vinculación con sus propios objetos, la *abuelita suficientemente buena* puede dar un monto de exigencia de $X-1-1$, $X-1-1-1$, $X-1-1-1-1$... sin llegar jamás a $X-N$, porque N podría ser infinito o cero y la exigencia se convertiría en indiferencia. Y la *abuelita* dejaría de ser suficientemente buena. Esta disminución de tensión en la vinculación con la *abuelita* ocurre independientemente de la naturaleza del maternaje, pues con la *abuelita* está excluida la relación de dependencia absoluta. Si la relación de dependencia absoluta entra en juego entre el bebé y la *abuelita*, ésta deja de ser *abuelita* y se convierte en *madre*. Como dije, *esta función no pasa por la genealogía familiar*.

La sensación que la *abuelita suficientemente buena* despierta en el bebé es la ausencia de exigencia (aunque la exigencia exista, pero en $X-1$) y lo único que espera de él es que *simplemente sea*. Esta vinculación es privilegiada y se parece mucho a la relación que tiene un humano con un gato. Quién se vivió a sí mismo como un gato en la relación con su *abuelita*, es un alma afortunada. La relación de la madre con el bebé se parece más a la relación con un perro. Al perro se le demanda; se espera que haga cosas, que sea cariñoso, que mueva la cola, que salte, que espere, que no se suba a los sillones, que ladre, etc. Las “*catpersons*” saben que con

6 La traducción es mía.

el gato es completamente diferente y, de hecho, las razones por las que a las personas a las que no les gustan los gatos, no les gustan los gatos -son las mismas razones- por las que a las personas que les gustan los gatos, les gustan los gatos. No se espera nada de un gato; a un gato se le ama simplemente porque existe. No se le pide que salte, que mueva la cola, que maúlle, que aguarde. Y cuando se le pide, solamente se puede reír ante su inaccesibilidad autistoide. El gato, ya lo había dicho Freud en 1914 es un fiel representante del narcisismo. “Es como si le envidiásemos por conservar un estado psíquico beatífico, una posición libidinal inexpugnable que nosotros resignamos hace ya tiempo” (p. 86).

Así, la *abuelita suficientemente buena* con el bebé; lo abraza, lo carga, lo mimar, le sonríe, le consiente, lo alimenta, lo calma sin esperar nada a cambio. Muchos factores entran en juego, pero en la *abuelita suficientemente buena* siempre hay una tensión y una exigencia menor que con la madre y eso es lo importante. La experiencia de ser amado totalmente por lo que uno es, sin que el objeto espere nada a cambio, deja en el yo del sujeto la marca de una experiencia narcisista que emana vida y mantiene cohesionado el narcisismo y todo lo que este contiene. Así, un individuo puede mantenerse en pie a pesar de las vicisitudes y tensiones propias de la condición humana, gracias -en parte- a la marca narcisista dejada por la *abuelita* que lo amó como se ama a un felino. Así, hay una parte oculta en los núcleos más profundos del *self* de donde emerge el mensaje “ser yo es suficiente”. Y así como la madre suficientemente buena implica una función y no es necesariamente la madre biológica, la *abuelita suficientemente buena* puede ser quien sea. Incluso pudo haber sido una nana, un hermano o una amiga de la madre de la que no hay recuerdo consciente, pero que dejó la profunda y sutil huella de donde emana la sensación de *ser suficientemente bueno*.

10. El misterioso objeto bueno de la clínica

Quisiera concluir puntualizando que la idea de *abuelita suficientemente buena* también nos puede dar cierta luz en el trabajo clínico cuando nos encontramos ante pacientes con historias infantiles francamente trágicas y hasta terroríficas, que evocan en nosotros sensaciones de dolor insoportable, insuficiencia, futilidad, abandono y vacío. Pero a pesar de sus profundos, constantes y bifurcados conflictos enlazados a esas historias, *no se volvieron totalmente psicóticos* (aquí estoy tomando en cuenta todo tipo de madre insuficiente, desde la “*aparentemente buena*” hasta la más

abiertamente sádica). De alguna manera, pudieron crear una vida donde desarrollaron intereses, aptitudes y talentos, y especialmente, una vida donde ciertas cosas son altamente disfrutables. Y cuando algunas cosas se disfrutaban intensamente, la vida misma es disfrutable, independientemente de las vicisitudes y de la “miseria ordinaria”. No podemos sino sentir una enorme admiración y respeto por estos pacientes y plantearnos la incógnita de cómo es que lograron brincar la psicosis. La hipótesis es que un objeto misterioso y olvidado lo rescató y restableció la continuidad de su existencia que inesperadamente se vio interrumpida (como en el sueño de Lynch). Ese objeto –sea quien sea– es la *abuelita suficientemente buena* y pienso que su principal función consiste en ayudarnos a tolerar la vida tal cual es, procurando la sensación de que existir es suficiente. Y como en la obra lynchiana... *ambos se miran y se sonríen con ternura inédita, con amor incondicional. Se sientan juntos y él la abraza como si hubiera estado esperándola toda la vida...*

Resumen

Usando las imágenes del cortometraje “*The Grandmother*” de David Lynch (1970), el autor hace una exploración de la importancia de la figura de la “abuelita” en el desarrollo psíquico temprano niño, especialmente en el área del narcisismo. Opta por usar la palabra “abuelita” debido a la resonancia afectiva de su enunciación; apela a la ligadura emocional entre el yo y el objeto (mientras que “abuela” designa únicamente la jerarquía generacional). El énfasis está puesto en la función libidinal del objeto “abuelita” en los casos en que la madre no es “suficientemente buena” (Winnicott, 1952) sino “aparentemente buena”. Es decir, los casos en que la madre cumple con las funciones que garantizan la supervivencia del niño, pero no con la función deseante que inviste libidinalmente y cohesiona el narcisismo saludable.

Palabras clave: Abuelita, madre suficientemente buena, narcisismo

Summary

By using the images of David Lynch’s short film “*The Grandmother*” (1970), the author explores the importance of the “granny” figure in early psychic child’s development, specially in the narcissistic area. The author chooses the word “granny” because of the affective resonance of its enunciation; it evokes the emotional bonding between ego and object

(while “grandmother” only appoints the generational hierarchy). This work emphasizes on the libidinal function of the “granny” object in the cases in which the mother is not “good-enough” (Winnicott, 1952) but “apparently good”. I.e. the cases in which the mother is able to fulfill the functions that guarantee the child’s survival, but not the desiring function of libidinal cathexis that promote healthy narcissism.

Keywords: Granny, good-enough mother, narcissism

Referencias bibliográficas

- BION, W. (1967). *Apreniendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós.
- FAIRBAIN, R. (1952). *Psychoanalytic studies of the personality*. London: Routledge.
- FERENCZI, S. (1929). *El niño mal recibido y su pulsión de muerte en Psicoanálisis IV*. Madrid: Espasa-Calpe, S. A.
- FREUD, S. (1895/1950). *Proyecto de psicología para neurólogos en Obras Completas Tomo I*. Buenos Aires: Amorrortu
- FREUD, S. (1914). *Introducción del narcisismo en Obras Completas Tomo XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1919). *Lo ominoso en Obras Completas Tomo XVII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GREEN, A. (1980). *La madre muerta en Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- KLEIN, M. (1946). *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides en Obras Completas Tomo 3, Envidia y gratitud*. Buenos Aires: Paidós.
- KOLTENIUK, M. (2007). Los siete modelos de la psicopatología freudiana. *Cuadernos de Psicoanálisis*, XL (1-2): 4-23.
- LACAN, J. (2010). *El seminario Libro 5: Las formaciones del inconsciente (1957-1958)*, Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (2015). *El seminario Libro II: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*. Buenos Aires: Paidós.
- LAPLANCHE, J. (1987). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis: La seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu.
- LYNCH, D. (1970). *The Grandmother*. EE. UU: American Film Institute.
- OGDEN, T. (1983). *Projective identification & Psychotherapeutic Technique*. New York: Jason Aronson Books.
- OGDEN, T. (1993). *Subjects of analysis*. New York: Jason Aronson Books.
- SUTHERLAND, S. & LYNCH, D. (2017). *Twin Peaks*. EE. UU. Showtime.

- WINNICOTT, D. W. (1947). *El odio en la contratransferencia* en *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- WINNICOTT, D.W. (1949). *Conozca a su niño: Psicología de las primeras relaciones entre el niño y su familia*. Barcelona: Paidós.
- WINNICOTT, D. W. (1952). Las psicosis y el cuidado de los niños. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós o, Psychoses and Child Care. En *Through Paediatrics to Psycho-Analysis: Collected Papers*. New York & London: Brunner-Routledge.